Cuervo, Rufino José. "Una nueva traducción de Virgilio", *Anuario de la Real Academia Colombiana de la Lengua* I (1874). Posteriormente en *Obras completas,* Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1954, II.

RUFINO JOSÉ CUERVO

UNA NUEVA TRADUCCIÓN DE VIRGILIO[1]

Aquel conocido verso de Campbell - *Tis distance lends enchantment to the view* - consigna un hecho que claramente explica el atractivo con que nos seduce la antigüedad: el hombre no nació para lo presente, y en ello no encuentra reposo, pues las propias miserias y las ajenas por todas partes le punzan; de donde, o sube la corriente de los años en busca del *buen tiempo pasado* y se apacienta en la representación de la paz y la abundancia de la edad de oro, o se imagina risueñas perspectivas en lo venidero; pero éstas se deshacen conforme se acerca a ellas, como los aparentes lagos del desierto, mientras lo pasado no está sujeto al desengaño de la experiencia, ante la imposibilidad de conseguirlo, excita la fantasía y se lo presenta más cautivador. Por otra parte, lo nuevo como que por el hecho de recordar su nacimiento, ofrece al alma la idea de su fugacidad; al paso que lo antiguo, aquello que siempre hemos visto, y que vieron nuestros padres, se conforma mejor con el tipo de eternidad que llevamos en nosotros y al cual lo comparamos todo: la belleza siempre antigua y siempre nueva que la vista enamorada de la teología mística ha columbrado en la Soberana Esencia, es la que buscamos dondequiera, cuando el alma olvidada de lo que la rodea, tiende de suyo a la querencia de su origen. De aquí el particular deleite que a las almas sensibles ofrecen las obras del arte antiguo; en la ruina de esperanzas e ilusiones que nos circunda, se asemejan a aquel laurel, *veterrima laurus*, a que se acogió la familia de Príamo, y que presenció la caída del infortunado rey, después de haber sido testigo de las grandezas de sus mayores.

No obstante, semejante amor de la antigüedad no se expresa en todos los hombres por admiración a las reliquias que de ella eternizaron la poesía y las bellas artes, pues como éstas han nacido de aquella necesidad inherente en el alma humana de dar cuerpo a sus concepciones tomando por tipo cuantos objetos se ofrecen a su contemplación, no ha podido menos de suceder que sus obras salgan a la luz, como los rebaños de Jacob, con los colores que las rodearon al engendrarse; así que en ellas se reflejarán las creencias, las costumbres de la época, los lugares, el carácter mismo del artista y el poeta, y a éste aun el lenguaje, en el cual van como almacenadas toda la ciencia y todas las ideas de los pueblos, le hará pertenecer a cierto tiempo y a cierta nación. En los partos del ingenio moderno acaso no percibimos en tanto grado estas influencias, por el activo comercio intelectual que tiende a hacer cosmopolíticos, arte y literatura; pero conforme

---

[1] *Obras de Virgilio traducidas en versos castellanos, con una introducción y notas,* por M. A. Caro. Bogotá, Echevarría Hermanos. Tomos I y II, 1873.

subimos por la escala de los siglos, vamos viendo mejor demarcados los lineamientos hoy algo indecisos de los pueblos, hasta encontrar la ancha raya que divide a griegos de indúes y a unos y otros de hebreos y árabes. Tal es la principal causa que nos dificulta gustar las bellezas de la antigüedad; pues como lo dice Donaldson, "si no tenemos vastos y precisos conocimientos arqueológicos, si no vemos las costumbres antiguas con los ojos de los antiguos, y nos trasladamos en espíritu a otras tierras y otros tiempos, y nos bañamos en la clara luz de las edades pasadas, no pueden menos de ser inciertas, oscuras e insuficientes nuestras ideas acerca de los que desaparecieron siglos ha, y las pinturas que de ellos nos hagamos serán inanimadas y sin interés, como pedazos sueltos de una estatua rota." Por aquí se echa de ver con cuánta razón se ha dicho que saber dos lenguas, (literariamente, se entiende) es tener dos almas, y se comprende cómo los poetas antiguos no pueden llegar a ser populares en nuestros tiempos, populares digo en el sentido en que lo son los de hoy, los que hablan en nuestras palabras nuestras ideas, y visten, si me es permitida la metáfora, a traza de los más recientes figurines; ni lo serán aunque se les cubra de moderno ropaje, cual lo hizo Pope con Homero: hoy en día su culto florece fervoroso y reverente en el estudio de las personas de esmerada educación, pero no en los cafés y tocadores, y por cierto no lo han menester. No dudo afirmar que por ninguna cosa se puede calcular mejor el grado de cultura intelectual de los individuos, que por su afición a los clásicos y el conocimiento que de ellos tengan; pues sus bellezas están las más veces ocultas tras un velo que sólo se puede penetrar con el auxilio de variada erudición. En efecto, fuera de muy raras excepciones en las cuales se ve que la mano dadivosa de la Providencia ha privilegiado ciertas almas con una como potencia intuitiva para percibir y comprender la belleza ora moral, ora intelectual, ora estética, tal que parecen adivinarla y naturalmente hacerla objetiva, la generalidad de los hombres sólo consiguen ser buenos, sabios o artistas, o a lo menos apreciar los actos de tales, a fuerza de ímprobo trabajo. Se me figura como si el hombre, perdida la posesión del Paraíso y malbaratada la gracia que le hacía capaz de beber la bondad sobrenatural en su fuente, hubiese cegado juntamente la que le daba la comprensión del orden natural; si con violencia se conquista el reino de los cielos, con violencia también logramos penetrar al cielo de la tierra, a la esfera de la inteligencia y el sentimiento, en la cual se presienten las grandezas de esotro. Todos ven en el magnífico cuadro de la naturaleza, y muy pocos son sensibles a sus encantos; innumerables individuos pasarían de largo sin fijarse en las obras maestras del arte antiguo y moderno, si su guía no les picase el amor propio, diciéndoles ser esas, aquellos prodigios que tanto pregona la fama; y en lo literario acaso todos hemos hecho la prueba, pues para gustar la sencillez clásica de Homero y Fray Luis de León, hemos tenido que prepararnos con muchos y variados estudios.

He hecho estas consideraciones preliminares para hablar de la traducción de Virgilio que actualmente está sacando a luz mi amigo don Miguel Antonio Caro,

porque deseo llamar la atención del público a una circunstancia en que quizá no todos reparan, y es que el emprender una obra de esa clase, ocupar largos años en darle cima y al fin imprimirla con recursos particulares, prueba que el autor abriga una elevadísima idea de la sociedad en que vive, y da para el mundo civilizado un argumento muy grave en favor de nuestro adelanto literario. Y al extender estas líneas, inconexas tal vez y mal pergeñadas, como que se han escrito en los cortísimos intervalos de prosaicas ocupaciones, es mi ánimo hacer ver que si ya con sólo acometer su obra se hizo el señor Caro acreedor a la estimación pública, la manera en que la va acabando corresponde a la expectación motivada por su alto renombre como poeta y humanista, y que por tanto es deber de patriotismo cooperar a la pronta terminación de éste que con justicia puede llamarse monumento de gloria nacional.

Por lo dicho pudieran algunos pensar: si yo no he de entender a Virgilio, ¿para qué lo leo? Pero les bastará el sabio y amenísimo estudio preliminar del señor Caro, que ocupa 119 páginas del tomo primero, para simpatizar con el poeta, quien aparece allí como el más moderno entre los antiguos, especie de media luz gratísima que anuncia los esplendores de la civilización cristiana. Sus primeras obras, las *Eglogas* y las *Geórgicas*, inspiran amor a la naturaleza y las labores campestres, y exhalan un aroma más regalado que aquel *tomillo* a que en concepto de un académico olía *La vida del campo* de Meléndez, con el cual se repara el alma, quedando como empapada en aquella apacibilidad que sólo pueden darle los aires libres del campo cuando está ahogada en el bullicio de las ciudades. Mejor que mis palabras lo probarán algunas cortísimas muestras, por las cuales se ve que este género de poesía tiende a satisfacer la necesidad que sentimos de un contacto íntimo y afectuoso con la naturaleza, cual lo gozaron nuestros padres en el Edén.

Obligado el pastor Melibeo a abandonar sus tierras, pinta así la felicidad de Títiro, que ha logrado recobrar las suyas:

¡Oh anciano muchas veces venturoso!
Tú en medio reclinado
De esas fuentes sagradas conocidas,
Gozarás en reposo
Airecillos fragantes a deseo;
Mientras la flor de salce en el cercado
Libando, en torno del panal hibleo,
Las doradas abejas
Con zumbido te aduermen regalado:
Dará a los vientos su cantar, subido
El podador en la vecina loma;
Y desde el olmo con sus blandas quejas

Tórtola amante halagará tu oído,
Y con sordos arrullos la paloma.
(Egl.1.)

He aquí trozos del célebre elogio de la vida del campo:

¡Oh una y muchas veces venturosos
Los labradores, si estimar supiesen
Los bienes de que gozan! ¡Venturosos
Los que del seno de la madre tierra
Centuplicados los süaves frutos
En posesión pacífica reciben,
Lejos del ruido de civil discordia!
Palacios no hay allí que en pompa regia
Por sus pórticos todos desde el alba
A oleadas los áulicos derramen...

En cambio paz segura
Y un sabroso vivir libre de engaños
Y en la copia profuso de sus dones,
Tiene el agricultor. Aquella holgura
Y alma serenidad de la campaña,
Umbrosas espeluncas, vivos lagos,
El fresco valle y verde, los mugidos
Del perezoso buey, los apacibles
Sueños gozados bajo amenas sombras,
A su dicha no faltan. En el campo
Sobria, fuerte, a fatigas avezada
Verás la juventud. ¿Cazar te plugo?
Bosques tendrás, enmarañados bosques,
Fieras y grutas. ¿La virtud te guía?
Aquí verás la religión honrada,
Honrada la vejez. Cuando del suelo
Impuro se ausentaba la Justicia,
Dejó en los campos sus postreras huellas...

Sus hijuelos en tanto
Cuélganse en torno a disputar sus besos:
Fe conyugal y honesto amor guarece
Su inmaculado hogar. La mansa vaca
Para él dilata sus lecheras ubres;

Y en los herbosos prados,
Fieros ya de sus cuernos se acometen
Los bien medrados juguetones chivos.
Fiel las fiestas celebra: reclinados
Sobre la hierba, donde en medio brilla
El fuego del altar, sus compañeros
Cíñenle en flores el colmado vaso,
Y él le empina en tu honor, ¡o buen Leneo!
Premios allí propone a los pastores,
O ya en el olmo erguido el blanco fije
A donde asesten las veloces flechas,
O ya a rústica lucha aderezados
Desnudos muestren sus fornidos miembros.
(Georg., lib. II).

Aconsejando el poeta el evitar a los ganados las ocasiones amorosas, describe así sus efectos en los toros:

Detrás de una agria sierra,
En medio de anchos ríos
Ceba sus toros el pastor prudente,
O en provistos establos los encierra;
Que roba una hembra los vitales bríos
Con halago sutil, y el que la mira
Se abrasa de mirarla, y no lo siente,
Con amoroso fuego
Que del pasto y la sombra pone olvido;
Y el dulce poseella
A recursos de ira
Tal vez remiten dos rivales. Ella,
Novilla hermosa, en honda selva pace;
Ellos en tanto embístense sañudos,
Toros valientes en igual porfía;
Heridas menudean,
Negra sangre chorrean,
Los cuernos traban con bramar tremendo,
Y las florestas y el lejano Olimpo
Repiten de la riña el sordo estruendo.
Y no será que retornar se vean
A un mismo establo entrambos contendores:
Destiérrase el vencido,

En remotas comarcas ignoradas
Su afrenta va a esconder y sus dolores,
Y a llorar sin venganza el bien perdido;
Volviendo las miradas
A su nativo establo, así se aleja
Del que reino fue ya de sus mayores.
Pero no para siempre: allá rehace
Sus fuerzas en silencio: lecho duro
Mulle en medio de peñas donde yace
Noches enteras: espinosas hierbas
Y agudos juncos pace.
Embistiendo algún tronco se ejercita,
O al aire corneando: tal se ensaya,
Y esparramando polvo, a la pelea.
Luégo al sentirse reparado y fuerte,
Tiendas levanta, al enemigo busca
Descuidado, y sobre él se precipita.
(Georg., lib. III).

Acabando de copiar estos bellísimos lugares en que campean la frase y la versificación castellanas en toda su gallardía, empiezo a dolerme de no haber citado otros, pues especialmente en las *Geórgicas*, la traducción tiene tanto mérito, que no sabe uno qué trozo es el más feliz, y me complazco en dejar a los lectores el deleite de notar esta especie de competencia entre período y período. Sería inacabable, si hubiese de trasladar aquí las descripciones del caballo, del toro apestado, de la tempestad, de los jardines del buen viejo Coricio, etc. (...)

Introducidos ya los lectores a la amistad de Virgilio, es tiempo de hablarles de la traducción, llamada a extender la simpatía de su nombre y la admiración de sus bellezas.

Suficientemente se han poderado ya por otros las dificultades que ofrece una buena traducción. En efecto, las lenguas se diferencian unas de otras como los pueblos que las hablan, y saber una lengua es lo mismo que saber las ideas, la historia de una nación; y si este conocimiento se aplica a la interpretación de aquellos escritores que personifican una época, casi la vida de un hombre se necesita para adquirir la suma de erudición suficiente para desentrañar en todas sus partes el verdadero sentido. Logrado esto resta todavía estar dotado de muchas cualidades poco comunes para trasplantar una obra nacida en otros climas sin que pierda su lozanía y vigor. Los preceptistas advierten que metáforas y expresiones naturales en una lengua son inaceptables en otra: en la *Sagrada Escritura*, por ejemplo, lo mismo que en los autores latinos, se toma *cuerno* por fuerza, pero nadie se atrevería a conservar la metáfora en castellano, como tampoco lo haría con el

arrectis auribus y otras; pues fuera de algunas circunstancias, o casuales u ocultas, sucede que las lenguas se desarrollan por aquel lado hacia donde se deja llevar el pueblo a que pertenece; hojeando un diccionario árabe nos sorprende la infinidad de voces relativas al cuidado del ganado, a los camellos, a las palmeras y otros objetos del desierto, y toda la poesía y la conversación misma de esta raza va empedrada de alusiones a su vida ordinaria. Es cierto que, respecto al latín, la poderosa influencia que en el Renacimiento ejerció en las lenguas y literaturas de Europa, franqueó algo el camino a los traductores; pero como las lenguas romances nacieron de entre las ruinas de la civilización pagana, todavía han quedado muchas divergencias que pudieran decirse de origen social. Pero esta dificultad, que al cabo no reside sino en ciertos pasajes, es insignificante comparada con la que resulta de la diferencia orgánica de las lenguas: sintéticas las clásicas, dicen mucho en pocas palabras, condensan el pensamiento, y a veces sólo producen en el alma como una vibración que, multiplicándose, magnifique el concepto; analítica la nuestra, como lo son sus congéneres, todo lo define y particulariza, presentando la ideal cual en un espejo para que en la mente de los demás se refleje ni más ni menos que se concibió en la de su autor; por lo cual hay el riesgo de desvanecer en castellano un cuadro que en latín o en griego es vigoroso y enérgico, tal como si la misma cantidad de color se extendiese en mayor espacio de lienzo. Muchos traductores llegan a figurarse que el mérito de su trabajo ha de cifrarse en no omitir nada de cuanto sugiere el original, inclusos los prefijos y expletivos y hasta las glosas de los comentadores; lo cual, vertiéndose de lenguas sintéticas a analíticas es, en mi sentir, un error gravísimo, como no sea que la traducción se destine tan sólo a los escolares para que aprendan sus lecciones, pues los que así hacen se vuelven tan difusos, que no hay paciencia que los sufra. Ni puede ser de otro modo: en los grandes escritores, el pensamiento original se ha concebido en el ámbito de cierto período retórico, dentro del cual cada miembro tiene la extensión que exige su importancia con respecto al conjunto, y al ensanchar el período haciendo acaso resaltar accesorios muy secundarios en el original, siente el ánimo como un vacío que le fatiga. Sucede, además, que las lenguas sintéticas ofrecen de por sí mayor campo a la exornación, y por eso es necesario muchas veces al pasar de ellas, podar sabiamente el texto, no sea que en la traducción aparezca el pensamiento original ahogado entre un vicioso follaje. Como el punto es importante, trataré de esclarecerlo con algunos ejemplos.

He aquí cómo traduce Iriarte el

Sequar atris ignibus absens; (Æ., IV, 384)

Con negras llamas,
Como Furia, aunque ausente, he de seguirte;

al leer esto se le figura a uno tener a la vista la edición *ad usum Delphini*, pues el *como Furia* y el *aunque* son pura glosa, y el todo es prosa pura, y mala prosa.

Cuando en el libro VI de la *Ilíada* dice Hermosilla:

> Otórgame la vida, hijo de Atreo,
> Y tu cautivo sea,

hace una exposición etimológica del verbo *ξώγρει* único que hay en el original, y contribuye a alargar el discurso de Adrasto, que ve sobre sí a Menelao con su larga pica.

El mismo traductor de la Ilíada dice en el libro XXII describiendo el trato que usó Aquiles con el cadáver de Héctor:

> Los tendones
> De ambos pies le horadó junto al tobillo
> Detrás hacia el talón; y atravesadas
> Por la abertura, sólidas correas
> Hechas con piel de buey, detrás del carro
> Le ató, de modo que arrastrando fuese
> La cabeza;

prescindiendo de que Homero no dice, porque era innecesario, lo de *la abertura*, bastaba con *sólidas correas*, pues *hechas con piel de buey* (que está por un adjetivo que significa *boyuno*) introduce en la descripción una acción inoportuna, y ya que el traductor añadió por su cuenta el epíteto *sólidas*, no debía remorderle la conciencia quitar esotro; además, aquellas señas de *junto, detrás y hacia*, aunque son del original, descaminan al más listo. Conservando la misma escabrosidad y prosaísmo en los versos, y sin omitir todavía nada del texto, pudo haberse dicho ahorrando dos renglones:

> Los tendones
> Abriendo de ambos pies entre el tobillo
> Y el talón, le pasó duras correas,
> Que ató al carro, dejando que arrastrase
> La cabeza...

Baste esto para comprobar lo de que una extremada fidelidad es una extremada infidelidad, y sirva también para conocer por qué en la traducción de Hermosilla aparece Homero como el escritor más flojo y descolorido.

Paso ahora a citar unos pasajes de la traducción del señor Caro en que oportunamente ha abreviado el original. En la pintura de Polifemo después de cegado por *Ulises*, halló:

Hácenle sus ovejas compañía,
Consuelo sólo de su adverso estado.

(*Lanigeræ comitantur oves; ea sola voluptas*
Solamenque mali. Æ. III, 660-1).

Veamos el bellísimo símil con que nos pinta el poeta el duelo de Orfeo por su querida Eurídice:

Qualis populea mærens Philomela sub umbra
Amissos queritur fetus; quos durus arator
Observans nido implumis detraxit: at illa
Fiet noctem, ramoque sedens miserabili carmen
Integrat et moestis late loca questibus implet.
(G., IV. 511-15.).

De un álamo a la sombra Filomena
Así sus hijos llora
Que duro labrador, dentro del nido
Mirando implumes, le robó en mal hora;
Y en la noche serena
Repite allí en la rama
Su endecha lamentable, y el gemido
En ecos por los campos se derrama.

No creo engañarme al afirmar que aquí no se echa menos el *moerens*, ni el *amiss*os, ni el *sedens*, así como tampoco daña la libertad de la última parte.

El verso, por más importancia que se dé a la forma no es toda la poesía: las ideas, el lenguaje, el estilo han de tener tales condiciones que satisfagan el ideal de la belleza que existe o se ha de evocar en las almas: escríbanse versos bien medidos, pero fofos, prosaicos, fríos, y es seguro que hasta métricamente parecerán malos; a la inversa, buenas ideas, en versos desgarbados e incorrectos, perderán inmensamente. Como el lenguaje y el estilo poéticos no se corresponden literalmente de una lengua a otra, resulta que al traducir se destruyen los del original, ni más ni menos que el metro; y si no se reemplazan ventajosamente, es decir, si el traductor no es también poeta para sentir como el autor, si no maneja su lengua como aquel la suya, escogiendo para cada idea la expresión más adecuada

perderá el trabajo de armar sus versos, y mejor le fuera hacerlo en prosa o escribir un comentario sobre el texto. Además, el verso es una expresión material de la poesía, y cuando en lo demás no corresponde a esta apariencia, ofrece un contraste repugnante y desventajosísimo; entonces aquella fidelidad de que hablé arriba es mentida, pues se roban al poeta cualidades de tanta monta como la energía y el colorido.

Ya oigo que muchos al leer esta doctrina la tacharán de herética y vitanda; pero ha de recordarse que no es lo mismo una traducción poética, que una interlineal u otra de aquellas en que se quiere dar una copia exacta de sólo las ideas del original, como si dijéramos, de un libro científico: la primera es una obra nueva en que se propone el poeta (que por fuerza ha de serlo) ofrecer el tema extranjero de suerte que agrade al lector, dando belleza por belleza, armonía por armonía. Me parece que con grande exactitud se ha comparado la labor de quien traduce a la del grabador que copia una pintura: el asunto es idéntico, los medios que emplea, diferentes; debe, pues, penetrarse de la concepción del pintor y valiéndose de los recursos que le ofrece su arte, expresarla con energía y exactitud. El engaño de los que se empeñan en que una traducción ha de ser el mismísimo original, procede de la facilidad con que nos prendamos de la forma en obras extranjeras, sobre todo cuando las hemos leído antes de conocer bien la lengua en que están escritas; cosa naturalísima, pues no estando familiarizados con sus expresiones, ni estando estas desgastadas para nosotros con el uso cotidiano, nos parecen mucho más expresivas y vigorosas; sin que deje de influir el particular deleite que, tras el fastidioso estudio de los elementos gramaticales, nos causa entender un pasaje, lo cual lo esculpe gratamente en la memoria, lo mismo que sucedería a un amante con la primera sonrisa que su amada le dio en pago de largos obsequios.

Por las muestras arriba dadas, si se tienen en cuenta las consideraciones precedentes, se habrá visto que la traducción del señor Caro, sin una supersticiosa sujeción a la letra, aun cuando lucha con estrofa tan artificiosa como la octava, es sumamente exacta y trasparenta con perfecta claridad las ideas del texto, sorprendiendo por dos circunstancias especialmente: la concisión del estilo y lo atinado de la interpretación. Para dar una prueba de la primera, no hallo manera más adecuada que comparar un pedazo con el correspondiente de otra docta y elegantísima versión, de la cual lamento no conocer sino una muestra, digna por cierto del ilustre y simpático nombre de su autor, que lo es don Fermín de la Puente y Apecechea, la cual ha excitado en mí un ardiente deseo de ver completa esta nueva obra con que el feliz y galano poeta entreteje el laurel de Virgilio a los que ya tiene ganados.

El pasaje es aquel famoso del fin del libro VI de la *Eneida* en que se hace el elogio fúnebre de Marcelo, y que produjo tan profunda impresión en Octavia. Dice el señor Apecechea:

¡Cuánto gemidos de inclitos varones
Resonarán después por cualquier parte,
Desde el campo inmediato y sus legiones
Hasta la gran ciudad del propio Marte!
¡Cuánta fúnebre pompa y libaciones,
Tiber, presenciarás al deslizarte
Junto al piadoso túmulo que, nuevo,
Los restos contendrá de ese mancebo!

No saldrá, no, de la raíz troyana,
Ni de latina gente mozo alguno
Que a tan alta esperanza eleve ufana
La altiva raza a quien persigue Juno.
No la romúlea tierra se engalana,
Cual con este mancebo, con ninguno:
¡Oh piedad! ¡Oh fe antigua no perdida!
¡Oh diestra, en guerra, por jamás vencida!

¡Oh! nunca nadie impune contrastara
Contrario en armas, su ímpetu en el suelo,
Si a pie las rudas haces asaltara,
O del potro excitara el noble anhelo!....
¡Oh pobre niño... si tu estrella avara
Romper lograres, tú serás Marcelo!....
¡Lágrimas dadme, dadme a manos llenas
Cárdenos lirios, blancas azucenas!

Dice el señor Caro:

Del Campo Marcio a la romana plaza
¡Cuántos gemidos herirán los cielos!
Y si ya tu onda su sepulcro abraza,
¿Qué, oh Tíber, no verás de acerbos duelos?
¡Ningún mancebo de troyana raza
Tanto alzará, como él, de los abuelos
Latinos la esperanza; hijo más bueno
Nunca, otro criarás, Roma, a tu seno!

¡Oh tipo de fe antigua y piedad rara!
¡Oh, qué brazo invencible en lid guerrera!

Ninguno, si viviese, le retara
Impune, o ya a pie firme combatiera
O caballo brioso espoleara.
¡Oh! ¿qué suerte, qué suerte no le espera?
¡Mas si logras trocar males con bienes,
Tú un Marcelo serás, sombra que vienes!

Azucenas me dad con mano larga...

La interpretación arguye un profundo conocimiento del texto, basado no sólo en el estudio de los más famosos comentadores antiguos y modernos, sino en investigaciones propias seguidas con la doctrina y sagacidad que exige la crítica moderna; así es que veo con gusto rechazadas interpretaciones que la filología ha convencido de falsas después de haber corrido con crédito por siglos, e introducidas otras que aclaran o mejoran el sentido. Por ejemplo:

El *aristas* de la *Egloga I*, v. 69, se traduce en su significado propio, y no en el figurativo de *años,* que reprueban el contexto y la sintaxis.

El *nuper* de la *Egloga III*, v. 2, le toma rectamente nuestro traductor por *ha tiempo*, acepción exigida por los adjuntos y comprobada con autoridades terminantes que pueden verse en Hand y Freund.

Desde el verso 250 del libro III de las *Geórgicas* se halla cambiado el orden de varios períodos, para conseguir una gradación más natural en la enumeración de los efectos producidos por el amor en los animales y el hombre. Aquí parece que el traductor ha seguido la sugestión de Ribbeck.

El pasaje que comienza en el verso 197 del libro VI de la *Eneida* se traduce muy acertadamente como si el punto viniese después de *pascentes*, lección autorizada por el códice Mediceo, según le cita el propio Ribbeck.

Como muestra de interpretaciones propias del señor Caro, citaré tan sólo la siguiente: sabida es la discordancia que desde Servicio y Donato ha habido sobre el sentido de la expresión *nec cedit honori* u *honore*, como leen otros, (*Æ*, III, 484); pues bien, él traduce "excusando cumplimientos vanos", lo cual tiene en su favor que la misma acepción de *honos* ocurre diez versos antes en un lugar que parece hacer juego con el citado: en efecto primero habla Heleno a Anquises con mucha ceremonia y respeto, oficialmente, digamos, como sacerdote de Apolo (*multo compellat honore*); luego Andrómaca, viendo en Ascanio la viva imagen de Astianacte y conmovida con la idea de una separación eterna, *excusa cumplimientos* y le hace afectuosos regalos.

Al llegar aquí, y antes de pasar adelante, pido perdón a los lectores por este trozo de literatura pesada, que no me he animado a introducir sino con el fin de que las personas que no se han consagrado a estos trabajos juzguen por esta brevísima

enumeración cuántas dificultades se ofrecen en ellos, y se convenzan de que la traducción de un autor clásico no es un liviano pasatiempo.

El lenguaje del señor Caro es de lo más esmerado y correcto. Comprendiendo muy bien que no debía buscar una popularidad inasequible, según arriba apunté, ha estudiado y ricamente beneficiado nuestros clásicos así antiguos como modernos, y en su traducción ofrece una muestra abundantísima de todo el caudal de la lengua, presentándola con las magnificencias del pasado y al propio tiempo enriquecida con sus recursos actuales. El traductor de Virgilio no es en su lenguaje un poeta del siglo XIX; en su obra se encarna todo el período corrido desde Garcilaso hasta hoy, es decir, la lengua castellana en su virtual copiosidad y elegancia. Quizá sería objetable esta vasta comprensión del idioma en fugaces inspiraciones o sentidos desahogos personales; pero en un libro que no pertenece a nuestra época ni a nuestra civilización, sino que antes bien debe mirarse como un monumento de la musa hispánica a la latina, me parece muy justo que se haga alarde de las creces y mejoras que en manos de la hija ha recibido la herencia materna. Por otra parte, esta veneración al pasado de nuestra lengua corresponde gloriosamente en Hispanoamérica a los esfuerzos que en el presente siglo han hecho los pueblos para avivar el sentimiento nacional con el estudio de la propia literatura y la vulgarización de sus grandes escritores, y contrarrestar así preponderancias extranjeras servilmente acogidas por la moda. De ahí resulta, como lo ha notado Marsh, que los estudios gramaticales y filológicos, en lugar de ser como en la edad de hierro de la literatura romana, señal del agostamiento del ingenio, son ahora prenda de vigor y fianza de renacimiento; fuente de pureza y abundancia ha sido para el alemán la investigación y conocimiento de sus antigüedades, según el testimonio de Federico Schlegel, y el mismo resultado vemos conseguido en castellano con los esfuerzos de Capmany y Quintana.

Lenguas que como la nuestra y la inglesa extienden su dominio por comarcas vastísimas, requieren para su nivel y conservación el constante estudio de unos mismos autores universalmente reconocidos por clásicos, en cuyas obras, cual en amplias cisternas se hallan recogidos sus más puros raudales para reparo de las fuerzas que cada día se pierden. Por esto, para el lenguaje literario se requiere un tipo más elevado que el habla de cierta época y de cierto lugar; y ese nos lo suministran los grandes maestros de nuestra edad de oro, con las modificaciones que ha exigido el nuevo espíritu de los tiempos actuales. No de otra manera, pues, que el estatuario se desentiende de las modas corrientes, y para sus obras busca en las edades pasadas un vestido libre de la veleidad de aquellas, el escritor que desea dejar una *posesión para siempre*, como Tucídides, por un presentimiento confirmado por los siglos, dijo sería su historia, debe tratar de ganar para sí la admiración conquistada ya a los doctos por aquellas obras que son como el núcleo de la literatura a que pertenecen.

Fuera de esta riqueza de voces, expresiones y giros, que están guardados pero no destruídos, y por lo mismo dan al estilo majestad y, aunque parezca paradójico, le comunican cierta frescura y novedad, introduce el señor Caro algunos arcaísmos. Pero debe notarse que no hay que llamar anticuada una voz sino cuando el uso universal la haya reemplazado con otra; ni tampoco puede tildarse de arcaico un giro o expresión sino cuando los elementos de que se compone no comportan ya el sentido que tiene el conjunto: además, puede éste, como aquélla, pertenecer al lenguaje literario y no al familiar; dígalo, por ejemplo, la frase *poner olvido*, que no sé la emplee nadie en la conversación ni en la prosa diaria, y sin embargo gusta tanto en Fray Luis de León como en el señor Caro.

Veamos algunos ejemplos de oportunos arcaísmos:

Si, hiriendo ociosas ramas,
El asombrado campo no despejas,
Ni con voto eficaz la pluvia llamas.
¡Triste! con sesgos ojos de vecina
Heredad mirarás la parva enhiesta.
Y tu hambre en la floresta
Aliviará la sacudida encina;

(Tomo I, pág. 83)

Pluvia es forma más suave que *lluvia* y evita la concurrencia de dos eles.

El enorme dragón acá se espacia,
Y por medio y por cima de las Osas:

(Ibid., pág. 89)

La repetición de la *y* imita felizmente el giro latino, conservado también en italiano y en francés y tiene sobre el uso común de poner una sola vez la conjunción la ventaja de dar a los dos miembros unidos igual importancia, para que el segundo no aparezca como un apéndice.

Bañados con aceite reluciente
Las desnudas espaldas, y ceñidos
Con ramaje de álamo la frente,
Al banco acuden los demás, fornidos;

(Tomo II, pág. 208)

El empleo de los participios como activos, conforme también con otras lenguas, sobre enérgico, es aquí oportuno, porque llama desde el principio la atención al sujeto de la frase y le pone en acción.

En esto, pues, se ha seguido el ejemplo del propio Virgilio, quien formó su lenguaje sobre del de Ennio, Lucrecio y demás que le precedieron, y si bien le pulió y suavizó admirablemente, todavía dejó muchos vocablos y modos de hablar que en su tiempo ya no corrían. El poeta latino hubo también de ser gran neologista, y aunque los cálculos que a este propósito hacen hoy sus comentadores no pueden menos de ser inexactos, es posible que, como algunos lo entienden, su amigo Horacio salió a su defensa por los cargos que con este motivo se le hacían, cuando dijo:

Quid autem
Caecilio, Plautoque dabit Romanus, ademptum
Virgilio, Varioque?

El señor Caro ha imitado también en esto a su autor, con menos libertad, eso sí, por razón de la diferencia en que para uno y otro se ha encontrado su respectiva literatura. No quiero dar fin a este escrito sin manifestar el realce que cobra la traducción del señor Caro, si se tiene en cuenta lo impropicio de las circunstancias en que se ha trabajado. Las letras y las artes nunca florecieron sino donde pueblos y gobiernos las alentaron. Sabido es que todo país pobre y nuevo, hallándose en presencia de la grandeza y prosperidad de otros, convierte sus esfuerzos a igualárseles en lo que más a las claras se presenta a su vista, que es la riqueza y las comodidades; los capitales representan un afanoso trabajo que no ha permitido a los dueños consagrarse a las letras, y por tanto éstas no tienen cultivadores sino pobres y en corto número, ni más estímulo que un corto y estéril aplauso. Agrégase a esto que la lejanía de los grandes centros literarios dificulta sobremanera la adquisición o consulta de buenos libros, no menos que el continuado seguimiento del rumbo que toman los estudios y la noticia de los múltiples adelantos con que cada día se ensancha el saber humano. Esto precisamente sucede por desgracia en nuestra Patria, de suerte que, en vez de haber estímulo, hay obstáculos positivos en la carrera literaria, y por lo mismo mayor motivo de admiración ofrece el libro del señor Caro, pues son superiores a todo elogio su perseverancia para dar cima a una obra colosal aun si dispusiera de recursos europeos, y la gran copia de erudición que deja ver no sólo en puntos exclusivamente relacionados con la interpretación del texto, sino en todos los ramos colaterales de la filología; en lo cual presenta un nuevo título a la pública estimación, pues no es poco timbre en estos tiempos de frío positivismo la abnegación de consagrar la vida a lo que el mundo nunca llamaría una *buena empresa*, dándose a las letras no como a una provechosa especulación, sino como a un culto puro y desinteresado. ¡Envidiable dicha la que con tamaña laboriosidad y grandeza de alma ha logrado nuestro compatriota! Yo por lo menos no adivino otra mayor que, salvados apenas los términos de la juventud, ganar un nombre que, apareado con los de León, Delille, Dryden y Voss brillará por siempre en el monumento que la admiración de los siglos ha levantado al más dulce, al más cristiano poeta de la antigüedad gentílica.
1974